

UNA MAESTRA EN EL COCO

Rocío Anthinea Cortés Díaz ¹

Soy Rocío Anthinea Cortés Díaz, docente del Centro Regional de Educación Normal, CREN de Iguala Gro. Estoy cumpliendo 40 años de ser docente. Siempre he dicho y seguiré diciendo que yo nací para ser maestra, tengo en mis venas sangre de maestra, cuando nací, mi mamá, sin duda alguna, una extraordinaria maestra, daba clases en una Escuela Primaria, y por coincidencia nací un 16 de mayo, precisamente al otro día del día del maestro.

Al cumplir 3 años, me fui con mi mamá a su nueva escuela, por cierto, aun lo recuerdo, la escuela de mamá era muy grande, era una Escuela Normal, ubicada en el Mexe, Hidalgo; pronto nos fuimos a otra Escuela Normal Rural de Tamazulapan, Oaxaca. Y cuando yo cursaba el tercer grado de primaria, cambiaron a mamá a trabajar al CREN de Iguala, Gro., precisamente, la Escuela Normal donde estudié para formarme como maestra y donde trabajo actualmente.

La vida me llevó a ser maestra a “El Coco”, una hermosa comunidad rural del municipio de Puente de Ixtla del Estado de Morelos. Ahí conocí a las niñas y niños que me esperaban para aprender la ciencia, niños que me necesitaban para que les enseñara a leer y a escribir, a sumar, restar y multiplicar, y sí, todo lo que marcaban los programas de estudio lo aprendieron. Sin embargo, atravesamos las fronteras del saber y lograron impregnarse de la ciencia, los valores, las habilidades y destrezas para convertirse en los niños y niñas que siempre quise tener como alumnos míos.

¹ Maestra del Centro Regional de Educación Normal. CREN de Iguala, Gro.

Ni el bullicio de la gente, ni el pasar de los años, nada, absolutamente nada, logrará que yo te olvide mi amada Escuela “Juan F. Corzo”. En una pequeña comunidad rural llamada “El Coco” Municipio de Puente de Ixtla, Morelos, se encuentra la Escuela Primaria Rural Multigrado “Juan F. Corzo”. “Las escuelas multigrado son aquellas en las que niños de diferentes edades o grados aprenden juntos, están organizadas de tal forma que el conocimiento se construye de manera integral y no por asignaturas” (Rosas 2018, 48). Sin duda alguna, yo, una joven maestra, en aquel entonces, viví experiencias educativas formidables, todas impregnadas de amor. Ahí, en esa primaria fui la maestra durante ocho maravillosos años.

Antes de llegar a trabajar a “El Coco”, había trabajado en una escuela primaria urbana en Tlalnepantla, Estado de México; un lugar con un clima muy frío, por lo que tenía que usar abrigo, zapatos cerrados, botas de tacón, guantes y bufanda. Los medios de transporte para llegar eran el metro y las peseras. Por el contrario, “El Coco” es un pequeño pueblo con un clima tan agradable como agradable es su gente; así que, para poder llegar al lugar, tuve primero que guardar mi ropa del frío, mi ropa de ciudad, y prepararme para conocer mi nueva escuela ubicada en una comunidad rural, en la que, para llegar, tenía que caminar; ya no más metro como medio de transporte.

Un día antes de mi llegada a la comunidad “El Coco”, busqué a quien sería mi director, un hombre guapo, por cierto, con un buen humor para tratar a toda la gente; me dijo que, al otro día, temprano nos veíamos en la parada del transporte para irnos a la primaria. Me anticipó que los niños estaban ansiosos de conocerme, ese comentario me alegró la vida. Efectivamente, muy temprano, nos fuimos al pueblo en la combi que viaja de Puente de Ixtla a Tehuixtla y en la carretera a la mitad del camino, el maestro director pidió la parada, nos bajamos y fue ahí donde inició mi caminar entre el campo lleno de flores. Qué sensación tan hermosa caminar a la orilla del río, sintiendo cada mañana la brisa matutina que salía del mismo como un manto de seda transparente y tocaba mi cara para cubrirla con la belleza natural que brotaba de las aguas danzarinas con movimientos cadenciosos y apresurados; como si sintieran que se acercaba la hora de llegar a la escuela.

Todos los días, los niños que vivían por ahí, donde me bajaba de la combi, esperaban mi llegada para irnos camino a la escuela juntos. Éramos muy felices, las niñas cortaban flores amarillas, y me las iban regalando, yo las recibía en mis manos, como estas fueran unos floreros. Me dijeron que las flores amarillas, eran de una planta llamada Acahual y otras de una planta llamada Tepechicle. En cambio, los niños iban a mi lado cuidando que no me fuera a resbalar con el lodo que había en la vereda por la brisa que alcanzaba a llegar del río.

No olvido que, al ir caminando también íbamos cantando algo así: “Estoy contenta, yo no sé qué es lo que siento, voy cantando como el río, como el viento, me gusta cantar, no puedo explicar que es lo que siento, que reviento por las ganas de cantar”. Como era la hora en que comenzaba a salir el sol, también cantábamos algo así: “Hoy todo me parece más bonito, hoy canto más alegre mi Señor, y siento la canción del arroyito y siento cómo brilla más el sol”. No sé de dónde saqué esas canciones, tampoco sé su nombre, nunca las había cantado, creo las saqué de la nada. Cantábamos muy fuerte, nos acompañábamos con el trinar de las aves y llegué a pensar que nos escuchaban las mariposas porque lográbamos verlas bailar al ritmo de nuestras melodiosas voces. Aclaro que, antes de llegar a “El Coco”, yo nunca había cantado.

Mis días como maestra en la escuela “Juan F. Corzo” de esta comunidad fueron siempre llenos de felicidad. Éramos tres maestros, Hugo que era el director y el maestro de cuarto y quinto grado; Jaime que era el maestro de segundo y tercer grado y yo, la única maestra mujer en la escuela. Yo me encargaba de ser la maestra de primero y sexto grado. Por ello, me vi en la necesidad de diseñar actividades para desarrollarlas precisamente en la escuela primaria multigrado. Al respecto, Leyva menciona que: “En las escuelas multigrado el entorno condiciona las actividades que puede realizar el docente con sus alumnos. El maestro debe limitar los recursos físicos y materiales que requieren las actividades” (2018, 53). Si bien la primaria “Juan F. Corzo” es una escuela con muchas necesidades, con muchas carencias, no me quejo porque, físicamente, es una escuela pequeña, con flores y árboles frutales,

pero sobre todo es una escuelita con su gente maravillosa que siempre brinda una amistad sincera.

El trabajar en la comunidad de El Coco fue una gran experiencia. Yo era la maestra, pero también llegué a ser la conserje, la amiga de todos los niños y madres de familia de la comunidad. Aprendí a dar clases a dos grupos al mismo tiempo, aprendí a ser maestra de unos niños que no tenían los recursos económicos para comprar sus útiles escolares, pero sobre todo aprendí que el cariño sincero de un alumno lo encuentras en esos lugares donde verdaderamente la patria te necesita, en una escuela de una comunidad de muy escasos recursos, pero con un gran valor social. Sin duda alguna, en “El Coco”, fui muy feliz.

Cuando llegué a la primaria, tuve la sensación de que a esa escuela le faltaba yo. Le dije al director que me iba a auto comisionar en algunas cosas y él aceptó. Así que, a partir del primer día en la “Juan F. Corzo”, me encargué de organizar la limpieza de toda la escuela, de mantener los jardines con flores, de que se hiciera el periódico mural, de la guardia para tener orden en la hora de llegada, el recreo y en la hora de salida de los alumnos. Es más, me tuve que encargar de la puntualidad, pues la campana de entrada no se utilizaba antes de que yo llegara a trabajar ahí. Todos pensaban que la campana era solo un adorno de la escuela y me costó trabajo acostumbrar a todos los niños sobre que, a las 8 de la mañana en punto, que tocaba la campana, también cerraba la puerta de la entrada de la escuela, y a eso, le llamábamos puntualidad. Lo logré y a eso yo le llamaba felicidad.

Al volver un día, de unas vacaciones, nos encontramos con la sorpresa que la vereda que conectaba la carretera con el pueblo la estaban haciendo carreta de terracería. Justo en el momento de comenzar nuestra caminata, entró una máquina amarilla y el señor que la manejaba nos gritó muy fuerte: “Les echo raid profes”, ese grito, no lo olvido, me subí como pude a la maquinaria, que por cierto no tenía asientos y mis otros dos compañeros profes se subieron colgados en la parte de atrás de la máquina. Mis compañeros decían que ese día nos parecimos a unos changuitos colgados,

pero, en realidad, nos veíamos como todos unos agentes del saber que llevábamos volando los conocimientos. Recuerdo muy bien, y no se borra de mi mente, la imagen de cómo extendíamos los brazos para sentir la libertad de ir viajando en un transporte que de la nada nos había llegado.

En muy poco tiempo fui guardando a todos mis alumnos de la comunidad en mi corazón, y sí, aquí siguen, muy, muy adentro de mi corazón. ¿Cómo olvidar a Yenderina? que, para poder aprender a leer, me pedía que le diera un zoquete, - "¿qué es un zoquete?", le preguntaba yo, - "pues que me pegue en la cabeza me insistía", y aprendimos que para que pudiera leer le tendría que pegar en la cabeza, pero pegarle mis caricias. Y en varias ocasiones pegarle hasta mis labios; qué delicia la mía, pegar mis labios en esos cabellitos desgreñados de mi Yenderina, ¿El resultado? Simplemente fue que sí aprendió a leer.

Willy y Ñoño, dos niños traviesos que, en menos de una semana, lograron entrar en mi corazón. No puedo negarlo, me conquistaron con ciruelas y, cada día en la hora del recreo, se trepaban en los ciruelos del patio de la escuela para cortar mi regalo; Ñoño me regalaba ciruelas rojas, Willy, ciruelas amarillas e hicimos un trato: yo les recibiría el regalo a cambio de su buen comportamiento en las clases y su cumplimiento en las tareas escolares. Ellos lo aceptaron y puedo afirmar que las ciruelas además de tener un sabor delicioso también ayudan a las maestras en la educación de sus alumnos.

A cada uno de mis alumnos los tengo presentes en mi mente y en mi corazón: Chato, Marisol, Viridiana Joel, Pedro, Delia, Luis, Elmer, Adela, Benito, Abigail, Berenice, Sergio, Eduardo, Willy, Ñoño, Yenderina, por nombrar algunos. Vivimos días encantadores, nos atrevíamos a ir a participar en concursos de entonación del Himno Nacional Mexicano, de danzas regionales, de bailes con la cuerda, y también concursos de conocimientos. Por ser la primaria "Juan F. Corzo" una escuela multigrado, además muy pequeña, realmente no teníamos muchas posibilidades de obtener los primeros lugares, pero siempre regresábamos a nuestra primaria con la felicidad de haber participado y, sobre todo, de haber ido a pasear.

Recuerdo una ocasión en la que, al finalizar el concurso de Entonación del Himno Nacional, uno de los maestros del jurado, les explicó a mis alumnos que no habíamos ganado porque nos faltó el matiz. De inmediato mi alumno Chato puso sus manitas en la cabeza y exclama: - "Es verdad, no nos trajimos el matiz, ya me acordé, lo dejamos en el patio de la escuela". El maestro del jurado soltó a reír al ver la espontaneidad y seguridad con la que habló Chato y nos dijo que, para el siguiente concurso, no olvidáramos el matiz. "El matiz musical expresa los distintos grados intensidad con la que se debe abordar una obra musical" (Gutiérrez s.f.) y seguramente sacaríamos uno de los primeros lugares. Con esa consigna, regresamos felices a nuestra escuela primaria.

El día 10 de mayo se acercaba. - "A preparar el programa" dijo el director. ¿Cómo hacer bailar a esas pequeñinas? Pues, se logró, puse en escena la danza titulada "Xochipitxahuatl", un baile en el que participan puras mujeres y requiere el uso de listones de colores, pasar una danzante por delante y por atrás de las demás danzantes para formar una estrella multicolor. Mis niñas se sentían unas verdaderas bailarinas y, en realidad, sí lo fueron. Con sus huipiles color fucsia con azul celeste se veían como unas flores danzarinas revoloteando en el patio escolar festejando a mamá. También hubo canto y poesía, tuve la oportunidad de poner en escena una poesía titulada "Madre del hombre" de la poetisa guerrerense Catalina Pastrana, y en la parte musical no pudo faltar Denise de Kalafe con su tan conocida canción "Señora, señora" que, por cierto, en aquel año, estaba muy de moda.

Al ejercer como maestra en "El Coco", tuve que accionar verbos que en mi escuela de trabajo anterior no los había utilizado; acciones como: brincar la cuerda, atrapar mariposas, cortar ciruelas y huamúchiles, arrancar de la tierra rábanos, hacer patitos con piedras en el río, pero el que me costó trabajo, mucho trabajo, confieso, es el verbo despiojar o espulgar que era lo mismo. En poco tiempo, me alié con las madres de familia y me hice experta en eso de quitar liendres y piojitos de la cabecita de mis alumnos, afortunadamente yo nunca me empiojé.

Algo que aprendí de los niños de sexto grado fue a darle significado y un buen uso a lo que yo enseñaba y ellos aprendían. Tendría que trabajar con aprendizajes significativos para ellos. David Ausbel aborda en la Teoría del aprendizaje significativo que el niño debe utilizar y dar significado a lo que aprende. Rodríguez Palmero afirma que: “El aprendizaje significativo es el proceso según el cual se relaciona un nuevo conocimiento o una nueva información con la estructura cognitiva de la persona que aprende de forma no arbitraria y sustantiva o no literal” (Rodríguez 2010, 11). Así que, no quedaba de otra, más que lograr aprendizajes significativos en cada una de mis clases.

Un día llegué al grupo conformado por quinto y sexto grado y les dije: “hoy aprenderemos los nombres y características de los planetas”, y al unísono me dijeron: “¿y, pa'qué?”. Muy cierto, ¿pa'qué les serviría aprender ese tema? Confieso que no supe qué responder, y la misma pregunta con los temas de: sujeto y predicado, adverbios, tiempos verbales tan complicados como el pluscuamperfecto, la raíz cuadrada, multiplicaciones y divisiones de quebrados, la geografía en el continente Euroasiático Africano... ¿pa'qué?, ¡Oh, Dios! yo también me cuestionaba ¿y pa'qué les servía lo que yo les tenía que enseñar?

En mis clases, tuve que dosificar contenidos, “la dosificación de contenidos es crucial, para poder planear adecuadamente el proceso de enseñanza-aprendizaje, considerando los objetivos educativos” (Ediintec 2021) en aquel entonces les llamaban temas y así pues, una vez que hacía la dosificación de los contenidos del programa, les enseñaba temas que les servirían a contar, a reflexionar, a ser limpios, a poder ayudar en su casa, a entender lo que leían y sobre todo, les enseñé a vivir. Confieso que en ese enseñar a vivir, aprendí a vivir junto con ellos en un mundo maravilloso como solo en “El Coco” se vive. Ahí disfruté de los niños que, muchas veces, en lugar de decirme maestra, me decían mamá; ahí disfruté al máximo de la naturaleza. En fin, ahí me enamoré, encontré el amor. A partir de entonces, mi vida la divido como antes y después de mi estancia en “El Coco”.

El trabajar en esa comunidad me permitió enseñar a leer y escribir, a sumar, restar, multiplicar y dividir a los niños de ocho generaciones. Durante los ocho años que fui maestra en la primaria "Juan F Corzo", en lo personal, aprendí a dar clases a niños de primero y sexto grado al mismo tiempo, aprendí a dosificar contenidos, a planear y trabajar en una escuela multigrado y, sobre todo, aprendí a vivir en la sencillez de un contexto de una comunidad rural con gente maravillosa, como solo en "El Coco" pude encontrar. Y sin duda alguna, juntos, mis alumnos y yo, aprendimos a vivir la vida, tomados de la mano de los conocimientos escolares, en fin, aprendimos a ser felices.

Ha pasado mucho tiempo que dejé de trabajar en la primaria "Juan F. Corzo" y, por ninguna razón, podría vivir sin recordar esos maravillosos años de mi vida. Después de 30 años de haber dejado "El Coco", he vuelto a la primaria y encuentro una escuela físicamente cambiada, pero igual de bonita que cuando la dejé; la campana de la entrada sigue en el mismo lugar. Al verla, recordé la primera vez que la toqué; mis alumnos han crecido y todos son ahora unas personas de bien. Yo siento que ser maestra en la primaria "Juan F. Corzo" fue parte esencial de mi vida docente. Soy feliz de haber sido una maestra en "El Coco".

Ahora, soy maestra en la Licenciatura en Educación Normal, (CREN) de Iguala Gro. Imparto clases a jóvenes que, al egresar, se van a trabajar a una escuela primaria a diferentes lugares de la República Mexicana. Algunos, a escuelas primarias de organización completa ubicadas en un medio urbano; otros se van al medio rural a ser el maestro o la maestra de una Escuela Rural Multigrado como lo fui yo: "una maestra en "El Coco".

Reflexiones finales

Una maestra en el Coco es una parte maravillosa de mi vida profesional. Me encontré con la felicidad al ser maestra en una escuela primaria rural multigrado en una comunidad rural en la que, para llegar cada día a dar las clases, tenía que caminar al no haber otra forma de llegar. Solo mis pasos al andar eran los que iban haciendo camino en mi vereda profesional. Lograr que mis alumnos aprendieran cada día algo nuevo fue mi reto diario. Todas las tardes, al estar preparando mis clases para el siguiente día, pasaban por mi mente todas esas caritas de los estudiantes de la Escuela Primaria Rural “Juan F. Corzo” y me preguntaba ¿Qué deben aprender mañana mis alumnos? ¿Para qué les servirá lo que aprendan? ¿Cómo lograr en mis estudiantes un aprendizaje significativo? Estas y muchas preguntas más que me hacía, las tenía que contestar yo misma.

El ser una maestra rural me permitió crecer enormemente como una docente de esas que México necesita. Siempre tuve bien claro en mi mente que yo tenía en mis manos a la niñez que representaba el futuro de nuestro país. Tengo la gran satisfacción de haber puesto mi granito de arena en una comunidad rural, pues enseñé a leer y a escribir a muchos niños, les enseñé también a vivir la vida de una forma honesta, positiva y, sobre todo, feliz.

Ahora que soy maestra en una escuela normal formadora de docentes, en el Centro Regional de Educación Normal CREN de Iguala, Gro. Así que, ahora, me corresponde preparar a los futuros maestros de México, para que logren alcanzar a desarrollar todos los rasgos del perfil de egreso y tengan las habilidades para ser los maestros que las escuelas primarias en cualquier lugar del país requieren. Preparar a los estudiantes normalistas para ser los mejores maestros o maestras de México es mi compromiso actual; tengo que prepararlos para que sean como la maestra feliz que fui al ser “Una maestra en “El Coco”.